

Biografía del autor: Matías Rodrigo Palavecino nació en Goya, Corrientes, Argentina, el 24 de enero de 1987, se graduó como Profesor de Enseñanza Media y Superior en Lengua y Literatura en el Instituto Privado Superior “Presbítero Manuel Alberti” y actualmente se desempeña como docente en su ciudad natal. A los 16 años comenzó a escribir sus primeros relatos en la ciudad de Ushuaia, Tierra del Fuego, lugar donde descubriría su pasión por la literatura. Es autor del libro de cuentos de terror fantástico, *Cuando los ojos ven lo que no deben* (Autores de Argentina, 2017) y del libro de cuentos de realismo psicológico, *Bajo la piel oculta* (Alción Editora, 2019).

ISBN: 9789876468091

EL RASTRO DE LA PÓLVORA

Por Matías Palavecino

Cuento perteneciente a la obra *Bajo la piel oculta*

Dos muñequitos verdes, de verde pálido, cremoso, eran movidos por pequeñas manos. Los muñequitos se apuntaban con fusiles y danzaban al sonido onomatopéyico que imitaba el estallido de disparos interminables. Osvaldito, de apenas seis años, jugaba tirado en el piso mientras sus padres tomaban mate y charlaban de temas ignorados por el niño. Pero Osvaldito no sólo ignoraría esos temas, sino que reprimiría casi por completo esos recuerdos, esos donde él jugaba alegre y se sentía un soldado que luchaba por una causa noble.

Había olvidado ya cuántas sesiones llevaba con esta; sus hermanos fueron quienes habían decidido por él, porque decían que necesitaba ayuda “profesional”. Ya no servían los sermones de los domingos cuando almorzaban en familia con la madre anciana. Ya no servían, tampoco, los mensajes de ayuda y conmiseración con que lo bombardeaban a toda hora. Lo empujaron hasta el abismo, hasta la puerta, hasta el diván del psicoanalista.

Y allí estaba él, Osvaldo Acosta, excombatiente de Malvinas. No le preocupaba haber perdido la cuenta de las sesiones que hacía con el psicoanalista porque ya había tomado la decisión de darse de alta, de abandonar, de desertar. Le parecía estar perdiendo el tiempo allí, acostado, removiéndolo su pasado.

Había aceptado ir a terapia hacía como un año y algo para que su familia lo dejara en paz, pero cada vez los tenía más encima preguntando cómo iba todo, cómo se sentía. No quería regresar a ese pasado lleno de estruendos, hambre, frío, dolor y pena.

—¿Seguís teniendo esas pesadillas, Osvaldo? —preguntó la voz tranquila que parecía no pertenecer a nadie, no tener cuerpo, no ser del psicoanalista. Era más bien como si la voz fuera su conciencia; porque desde que hacía terapia, la voz en su mente había adquirido ese tono.

—Ahora menos que antes. —Mintió sintiendo un calor que le recorría el cuerpo entero y advirtió el sudor de las manos—. ¿Cuánto más vamos a seguir con esto?

Un silencio incómodo, violado apenas por la punta de una lapicera que se deslizaba e impactaba cuando los puntos caían en picada.

No supo cómo, ya estaba otra vez uniformado, embarrado, húmedo, con olor a hombre y sangre. El rastro de la pólvora sobre su piel manchada y sucia le recordaba sus dieciocho años y el deber para con su patria.

Oía explosiones; la tierra bajo su cuerpo vibraba quejándose. Gritos lejanos lo sacudían aún más.

—¿Seguís golpeándote la cabeza contra la pared, Osvaldo?

El muchacho miraba a su compañero que yacía tirado sobre el barro y el pasto manchado con sangre. Osvaldo, agitado, se abalanzó sobre el tibio cadáver. Unas gruesas gotas cayeron sobre la piel inerte limpiando la herida de bala. No llovía, eran lágrimas.

Nunca comprendió qué ganaba la familia exponiéndolo a aquel dolor que quemaba como el plomo. A aquel pasado que borró toda la inocencia de su infancia. ¿Pensaba Osvaldito que algún día se convertiría en soldado? Cuando el muchacho de dieciocho años recibió la noticia de que iría a luchar a Malvinas, pudo recordar aquellos soldaditos de plástico, que hoy yacen manchados de sangre y pólvora como la memoria.